

La cultura mexicana en la transición del medio siglo

Armando Pereira Llanos, Universidad Nacional Autónoma de México

A principios de los años cincuenta la Ciudad de México estrenaba su radiante modernidad: cafés, teatros, cines, librerías, restaurantes, eran punto de encuentro obligado para todo aquel que demoraba sus ocios nocturnos por las calles iluminadas y bulliciosas del Centro Histórico. Allí se desplegaba lo que Carlos Monsiváis ha llamado la ‘geografía del intelecto’,¹ esas regiones por las que circulan y se intercambian los saberes: la Universidad, la Escuela Nacional Preparatoria, El Colegio Nacional, la Academia de la Lengua, el Palacio de Bellas Artes y las grandes librerías de la época (Porrúa y Robredo Hermanos), el Café París, un poco más retirado, y el Club Leda, entre tantos otros puntos de confluencia que abrían espacios plurales a la conversación, a las tertulias o a esa amplia red de conferencias, exposiciones, mesas redondas y puestas en escena que llenaban la vida cultural de la ciudad.

Durante la década anterior, se habían sentado las bases para la consolidación del México moderno. No sólo habían desaparecido por completo las luchas entre las distintas facciones revolucionarias que culminaron en la Guerra Cristera y se prolongaron aún después con conatos de rebelión o levantamientos efímeros durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (Calles, Cedillo, Almazán), sino que la crisis económica desencadenada por la política de nacionalización y reparto de tierras de Cárdenas (pérdida de los mercados tradicionales del petróleo, fuga de capitales, caída sensible en las exportaciones mineras, en particular de la plata, etc.) terminó por exorcizarse. Los gobiernos de Manuel Ávila Camacho (1940–1946) y Miguel Alemán (1946–1952), a diferencia de los que los precedieron desde el conflicto revolucionario, se caracterizaron por una sólida estabilidad política y por un rápido crecimiento y diversificación de la economía. Podría decirse que, con ellos, el país sufrió un consistente proceso de transformación de una economía esencialmente agrícola a otra predominantemente industrial. ‘La historia de los cambios ocurridos en México a partir de 1940, señala Lorenzo Meyer, es básicamente la historia del desarrollo de una base industrial moderna con todas las consecuencias características de este tipo de procesos: supeditación de la agricultura a la industria, incremento en la urbanización, aumento del sector terciario, etc.’²

A ello coadyuvó, sin duda, durante los primeros años de la década, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias en los mercados internacionales. Concretamente, por lo que se refiere a México,

hubo un notable aumento en la demanda externa de productos mexicanos y una consecuente disminución de la competencia del exterior en el mercado interno. El incremento en las exportaciones y la consiguiente reducción de las importaciones creó una balanza comercial favorable a la economía mexicana que constituyó el factor determinante de su definitiva consolidación y su dinamismo posterior. Baste decir que, como consecuencia del conflicto mundial, las exportaciones del país crecieron en un 100% entre 1939 y 1945 y las reservas de divisas del Banco de México alcanzaron un monto sin precedentes en los gobiernos posrevolucionarios.

La administración de Miguel Alemán, durante la segunda mitad de la década, viviría ciertos altibajos en el proceso económico, como consecuencia también de la recuperación de los mercados internacionales a partir de 1945 y de la relativa disminución de las exportaciones mexicanas. Uno de los efectos más sensibles de la crisis fue la devaluación de la moneda en 1949. Sin embargo, una vez más, un acontecimiento internacional vendría a rescatar a la relativamente maltrecha economía mexicana. Fue la guerra de Corea el factor decisivo que permitió superar la crisis. En 1950 las exportaciones mexicanas se incrementarían en un 28% con respecto al año anterior y las de 1951 aún en un 20%. Si con Ávila Camacho el presupuesto federal destinado a estimular el crecimiento económico había alcanzado la cifra del 39%, con Miguel Alemán rebasaría incluso el 50%. En definitiva, su administración se caracterizaría por una fuerte aceleración del proceso de industrialización y modernización del país, apoyándose para ello fundamentalmente en la empresa privada y en el capital extranjero. Desde entonces hasta 1970, el ritmo de crecimiento de la economía mexicana, aunque no llegaría a ser tan intenso como en la década de los cuarenta, continuaría su movimiento ascendente.

En el ámbito político, como ya señalamos antes, el país había alcanzado una estabilidad sin precedentes desde la caída del porfiriato. En repetidas ocasiones, se ha calificado al gobierno de Ávila Camacho como una etapa de transición de los gobiernos militares que seguirían a la Revolución a gobiernos civiles. De hecho, él sería el último general revolucionario que ocuparía la presidencia. Pero habría que recordar también que fue él el que creó las condiciones para separar al ejército de la vida política nacional, al disolver al sector militar que junto con el campesino, el obrero y el popular formaban el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Desde entonces, los militares podrían seguir participando en la política del país, aunque ya no como bloque, como corporación, sino, a lo sumo, como ciudadanos particulares, como parte de ese amplio sector popular que integraba también a PRM.

Miguel Alemán acentuaría aún más esta política de integración nacional al abandonar definitivamente los presupuestos ideológicos que habían guiado a Lázaro Cárdenas: el fortalecimiento del nacionalismo y la creación de una democracia de los trabajadores. Y sustituiría además la

consigna de la lucha de clases, cuya vigencia hasta entonces era indiscutible en todo el ámbito político nacional, por una retórica de nuevo cuño que se avenía mucho mejor a sus propósitos económicos: la de la ‘colaboración entre las clases’. En este período, concretamente, la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM), no sólo expulsó a Lombardo Toledano, uno de sus fundadores y principales líderes de ideas socialistas, sino que terminó por abandonar el que había sido su lema desde la época del cardenismo: ‘por una sociedad sin clases’, y lo sustituyó por otro, que en cierta forma configuraba la idea de una plena integración y colaboración entre el trabajo y el capital: ‘por la emancipación de México’.

Cuando acentuamos el carácter estable de la vida política nacional durante esta década, no queremos decir que no haya habido conflictos obreros y campesinos, manifestaciones de descontento popular, etc., hablamos de ‘estabilidad’ sólo en un sentido comparativo con décadas anteriores. Habría que tener presente, entre otras cosas, que fue precisamente en esta década cuando surgieron, se consolidaron o periclitaron la mayor cantidad de organizaciones obreras y campesinas en toda la historia de México hasta entonces, aunque es cierto también que, a pesar de ello, la mayor parte de la clase trabajadora siguió permaneciendo fuera de organismos sindicales o agrupaciones políticas, atomizada y con muy pocas posibilidades de hacer valer sus derechos.

Por otra parte, no habría que olvidar tampoco los movimientos de descontento e insatisfacción dentro de la propia ‘familia revolucionaria’, que se dejaron sentir sensiblemente en la vida política del país con ocasión de la sucesión presidencial tanto en 1946 con el levantamiento de Ezequiel Padilla, como seis años más tarde, en 1952, con el movimiento henriquista. Sin embargo, en ninguno de los dos casos se puso en crisis al sistema político mexicano, ni fueron movimientos que tuvieran mayores consecuencias a largo plazo al no dejar una oposición estructurada. ‘Al cabo del tiempo – señala Lorenzo Meyer – la mayoría de los disidentes volvieron a las filas del partido dominante de donde habían salido y los recalcitrantes fueron reprimidos’.³

En cuanto a los tradicionales partidos de oposición, en particular el Partido Comunista Mexicano (PCM), el Partido Acción Nacional (PAN), el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), por su debilidad interna y su casi nula influencia entre las masas, no llegaban a constituir, por esa época, una alternativa real y viable en el interior del sistema político mexicano. Su carácter esencialmente marginal, en ningún momento puso en peligro el monopolio de poder ejercido por el partido dominante, el ya entonces Partido Revolucionario Institucional (PRI),⁴ y su presencia significó tan sólo la posibilidad de conservar la imagen de un juego político en el interior de cauces democráticos y liberales.

El ejercicio del poder, más que emanar de una sociedad civil participativa y crítica, se centraba entonces en un solo partido y, dentro

de él, en una sola figura: el Jefe del Poder Ejecutivo. Si ya la Constitución de 1917 otorgaba amplios poderes al presidente, en la práctica esos poderes rebasaron incluso los propios marcos legales. 'Quienes han examinado el funcionamiento del sistema político mexicano a partir de 1940 – escribe Lorenzo Meyer – están de acuerdo en que es en el jefe del poder Ejecutivo donde convergen todos los canales de información y de donde parten las decisiones importantes; o sea el centro nervioso indiscutible de la estructura política mexicana. La forma que tomó la interacción entre el presidente, sus colaboradores y el resto de los actores políticos, tuvo un carácter de relación casi patrimonial'.⁵ Podría decirse entonces que, en el ámbito del quehacer político nacional, la década de los cuarenta constituyó un momento crucial en cuanto a la centralización y consolidación del poder en un solo partido y en una sola figura dentro de él. El régimen presidencialista mexicano tendría, desde entonces, todavía un largo camino por recorrer.

Por lo que se refiere a la vida cultural durante este período, el país atravesó por una serie de cambios y transformaciones no menos significativos que los ocurridos en los ámbitos económico y político. Ante todo, la década de los cuarenta constituyó el paso de una cultura eminentemente rural a otra en la que predominaba su carácter urbano y cosmopolita. El interés que había despertado la gesta revolucionaria y los temas de índole social en las distintas esferas artísticas – pintura, música, literatura – comenzaba ya un declive que resultaría definitivo.

En 1940, el muralismo mexicano – Siqueiros, Rivera y Orozco – había producido ya la parte medular de su obra y empezaba a perder terreno frente a otras manifestaciones pictóricas de carácter marcadamente vanguardista. Ya para entonces, pero sobre todo durante el sexenio de Miguel Alemán, el muralismo había devenido un arte puramente decorativo y retórico: ornamento insulso en los muros de edificios públicos u hoteles de lujo, su mensaje revolucionario había quedado reducido a una pura fraseología huera y sin sentido. Recuérdesse tan sólo la frase con la que Rufino Tamayo termina ridiculizando al movimiento: 'Los campesinos han triunfado en México solamente en los murales'.⁶

Algo similar ocurriría también, a finales de la década, con la Escuela Mexicana de Pintura, que trataría de prolongar inútilmente la vida del muralismo y sus principales postulados ideológicos y artísticos. Sus esfuerzos no pasaron de ser un vano intento de darle respiración artificial a un moribundo. 'Los que se metieron en la llamada Escuela Mexicana de Pintura – señala José Agustín – ignoraban que se habían trepado en el peor de los carros posibles y que su destino se limitaría a pintar murales en presidencias municipales'.⁷

Una nueva corriente pictórica venía gestándose con fuerza y sería la que, negándolo, sucedería al muralismo mexicano. Su mentor fue esencialmente Rufino Tamayo que, en su sonada polémica con el muralismo, se apoyaría en la tesis de que en arte lo revolucionario no

radica en los contenidos, sino en las formas de expresión: ‘El pintor revolucionario – señala Tamayo – es el que en lo pictórico trata de encontrar nuevas formas de expresión y se da el caso en México, de que los pintores, como hombres, pueden ser de vanguardia; en lo pictórico, son simples conformistas académicos, porque encontraron una receta que les pareció eficaz y la usan hasta el infinito’.⁸ En torno a las tesis de Tamayo, cerrarían filas un nutrido grupo de pintores: primero, Carlos Mérida, Juan Soriano, Pedro Coronel, Corzas y Alfonso Michel y, más tarde, los más jóvenes como Cuevas, Vicente Rojo, Manuel Felguérez, Lilia Carrillo, Alberto Gironella, Fernando García Ponce y Arnaldo Cohen. Fue gracias a ellos que se revaloró la obra de artistas como Günther Gerzso y Leonora Carrington, entre otros, que de haber seguido bajo el predominio tiránico del muralismo, habrían permanecido en el olvido. Por lo que se refiere a la música ocurriría algo similar a lo acontecido en la pintura. La gran corriente nacionalista, cuyos principales exponentes fueron Silvestre Revueltas (que moriría en 1940), Carlos Chávez y Pablo Moncayo (cuyo *Huapango* se estrenó con gran éxito en 1944, el mismo año de su muerte), comenzaría a ceder terreno en favor de patrones de composición plenamente acordes a los lineamientos que ya, desde hacía tiempo, regían a la vanguardia musical en otras latitudes. Entre los nuevos compositores, cuyas obras marcarían las décadas de los cincuenta y sesenta, destacan: Joaquín Gutiérrez Heras, Armando Lavalle, Raúl Cosío, Manuel Henríquez, Héctor Quintanar y Julio Estrada.

La industria cinematográfica mexicana, por su parte, conoció durante esta década su indiscutible ‘Época de Oro’. No sólo había conquistado plenamente el mercado nacional, sino que sus productos ganaban creciente presencia en Centro y Sudamérica. A diferencia de las nuevas tendencias observadas en la pintura y en la música, el cine acentuó, sobre todo, la visión de un México rural y popular. Fue la época de actores como María Félix y Jorge Negrete, Arturo de Córdova y Dolores del Río, Andrea Palma, Pedro Armendáriz y Cantinflas, Joaquín Pardavé y los hermanos Soler, el Indio Fernández y Pedro Infante, que estelarizaron películas en las que una cierta imagen (estereotipada y mistificada) de México y el mexicano se proyectaría con fuerza hacia el exterior: la de un México rural, heredero de la Revolución, en la que destacarían algunas figuras predominantes: la del revolucionario con sus cananas y su Adelita, la del indio *bueno* y explotado por la *maldad* del terrateniente y la del ranchero macho y bragado conquistador de las mejores hembras de la región; o bien, la de un México urbano y popular que encarnaría, a través de la comedia, en la figura del ‘peladito’, caracterizada por dos de los actores más prestigiosos de la época: Cantinflas y Pedro Infante. Aunque se trataba de un cine fácil, convencional y sin búsquedas significativas (ellas comenzarían con *Los olvidados* de Luis Buñuel en la década siguiente), tuvo un fuerte arraigo popular y una amplia aceptación por parte del público y de la crítica.

El ámbito literario fue tal vez, junto con el cine, el más reticente en asumir los cambios que ya venían produciéndose en otras esferas, especialmente en las artes plásticas y en la música. Durante los años cuarenta, siguió todavía la controversia entre la literatura de contenido social, heredera en buena medida de la novela de la Revolución Mexicana, y las corrientes de vanguardia, inauguradas por el Ateneo y el grupo de Contemporáneos, que ya habían producido lo mejor de su obra durante la década anterior.

Dentro de la primera corriente, destacan escritores como José Rubén Romero, Gregorio López y Fuentes, Mauricio Magdaleno, Francisco Rojas González, José Macisidor, Ermilo Abreu Gómez, Juan de la Cabada y Rubén Salazar Mallén, en cuya obra conviven preocupaciones revolucionarias con intenciones de denuncia social, en particular por lo que se refiere a la situación del campesino mexicano y de las comunidades indígenas después de la revolución y la descripción de los bajos fondos en la ciudad de México. Es la década en que aparecerá un nuevo novelista, José Revueltas, cuyas novelas y cuentos, *Los muros de agua* (1941), *El luto humano* (1943), *Dios en la tierra* (1944) y *Los días terrenales* (1949), lo colocarían como la figura señera de este grupo.

En cuanto a las corrientes de vanguardia, habría que señalar ante todo que grupos como el estridentismo o los Contemporáneos, que habían marcado las dos décadas anteriores, a partir de 1940, aunque sus integrantes seguirían publicando individualmente, como grupo perderían la fuerza que los había caracterizado hasta entonces. El relevo lo asumirían sobre todo los poetas y narradores que se agruparon en torno a las revistas *Taller* (1938–1941) y *Tierra Nueva* (1940–1942): Octavio Paz, Efraín Huerta, Neftalí Beltrán, Rafael Solana y Alí Chumacero, entre otros.

Habría que señalar también que la cultura mexicana de estos años se vio enriquecida por un fenómeno de carácter político que tendría significativas derivaciones en el plano cultural. En 1939, con la caída de la República Española, llegaría a México un nutrido grupo de intelectuales españoles que desde un principio se integraría activamente a la vida académica y artística del país. A su llegada a México, fundarían La Casa de España, dirigida por Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, que en 1940 se convertiría en El Colegio de México. Colaboraron con decidido entusiasmo y dieron nuevo impulso a la que por entonces era una de las casas editoras más importantes del continente: Fondo de Cultura Económica, fundada en 1934 por Daniel Cosío Villegas. Publicaron, además, una serie de revistas que no sólo marcarían el pulso de la literatura del exilio, sino que a su vez constituirían un punto de encuentro con la literatura mexicana: *España Peregrina* (1940), *Romance* (1940–1941), *Ruedo Ibérico* (1942), *Las Españas* (1946–1963), *Ultramar* (1948) y *Clavileño* (1948). Y colaboraron asiduamente en las principales revistas mexicanas de la época: *Letras de México* (1937–1947), *Taller* (1938–1941), *Tierra Nueva* (1940–1942), *Cuadernos Americanos* (1942-) y *El Hijo Pródigo* (1943–1946).

La década de los cuarenta cerraría con la publicación de un libro clave en varios sentidos: *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez. Clave no sólo por el hecho de haber sido considerado por la crítica como el acontecimiento literario más importante del país desde la narrativa de la Revolución Mexicana, sino sobre todo porque en él confluyen y se resuelven las dos tendencias literarias básicas que habían marcado la década. Si en el plano del contenido la novela de Yáñez podría ubicarse dentro de la corriente de tendencia social, formalmente incorpora las técnicas narrativas puestas al día por la vanguardia, especialmente los recursos usados por Dos Passos en *Manhattan Transfer*.

Otro acontecimiento editorial de señalada importancia que cerraría la década es la publicación de *Libertad bajo palabra* de Octavio Paz, en el que se transporta la palabra poética a dimensiones universales, a esa región sin fronteras en la que todo hombre, sin importar las latitudes sociales o culturales que lo conforman, puede reconocerse plenamente.

Refiriéndose a la literatura con la que culminan los años cuarenta, José Luis Martínez ha señalado: ‘Si una nota sobresale en la actividad literaria de las diferentes promociones existentes en los días en que se formula este panorama (junio–julio de 1949) es, sin duda, el afán de recapitulaciones que se advierte en todos los géneros. Escasas las personalidades relevantes entre los escritores jóvenes, y sin que haya surgido ninguna tendencia sugestiva que impulse la creación literaria, todos parecen preferir un reposo crítico, una revisión de un pasado que arrastramos aún como masa informe’.⁹ Esas ‘tendencias sugestivas’, esas ‘personalidades relevantes’, que José Luis Martínez extraña a fines de los cuarenta, pero sobre todo el salto de un estado de ‘reposo’ a una actividad más bien febril en el ámbito literario, y en la que se acentuaría la tendencia urbana y cosmopolita con el relevo de la así llamada Generación de Medio Siglo, serían la tónica decisiva de la década siguiente.

NOTAS

- ¹ Carlos Monsiváis, ‘La Ciudad de México en 1950’ (encuesta), en *Revista de la Universidad de México*, núm. 503 (dic. 1992), p. 13.
- ² Lorenzo Meyer, ‘La encrucijada’, en *Historia General de México*. Tomo 2. Tercera edición (México: El Colegio de México, 1981), p. 1276.
- ³ Lorenzo Meyer, ‘La encrucijada’, p. 1299.
- ⁴ En 1946, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), tras algunas reformas internas, cambiaría de nombre a Partido Revolucionario Institucional (PRI).
- ⁵ Lorenzo Meyer, ‘La encrucijada’, p. 1315.
- ⁶ Citado en Carlos Monsiváis, ‘Notas sobre la cultura mexicana del siglo XX’, en *Historia General de México*, II, p. 1487.
- ⁷ José Agustín, *Tragicomedia Mexicana*. Tomo 1 (México: Editorial Planeta,

Col. Espejo de México, 1991), p. 20.

⁸ Citado en Carlos Monsiváis, *Historia General de México*, II, p. 1490.

⁹ José Luis Martínez, *Literatura Mexicana Siglo XX (1910-1949)* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. Lecturas Mexicanas, núm. 29, 1990), p. 100.